

La escuela única

(De *El Sol*, Madrid)

EN las ediciones de *La Lectura*, junto a la colección de *Clásicos Castellanos*, que representa el pasado literario, hay otra serie que si no tan atractiva para la generalidad del público, ha traído una aportación considerable a la cultura, dando a conocer en castellano la Pedagogía moderna. Esta serie, titulada: *Ciencia y educación*, se ha aumentado ahora con una rama nueva, la *Sección contemporánea*, que divulga en breves volúmenes, entre libros y folletos, las ideas, instituciones y tendencias que han iniciado la renovación de la enseñanza o pugnan por lograrla. La elección de asuntos y de textos, publicados a veces en extracto, acusa una dirección inteligente. Está, en efecto, dirigida esta biblioteca por un pedagogo español de sólida formación, D. Domingo Barnés, autor de trabajos interesantes acerca de estas disciplinas, que no llamaré especialidad, pues aunque tengan su especialismo son en nuestra cultura un instrumento universal como la lógica en la época de la Escolástica.

El carácter de esta sección de Educación contemporánea aparece con mucha claridad en el párrafo siguiente del prólogo editorial: «Acudiremos para la exposición, unas veces a los mismos innovadores, traduciendo sus obras o extractándolas cuando sean sobrado extensas o domine en ellas el carácter dogmático y teórica distinto del vivo, ágil y objetivo que esta labor de «información» demanda. Otras veces, mejor que a los autores mismos, acudiremos a sus críticos y comentaristas, que pueden ofrecernos una exposición más rica en puntos de vista, más compleja y más contrastada». Sin duda, el interés literario y científico de una colección así concebida será inferior al de una serie de textos íntegros, como la otra de *Ciencias y educación*, en que han aparecido algunas de las obras fundamentales de la Pedagogía o de sus más completos tratados. En cambio la forma abreviada y fácil, puede favorecer la divulgación. Se trata de extender entre los maestros y entre los aficionados a cuestiones de enseñanzas las palabras nuevas de la Pedagogía; de una obra de información que puede ser educadora y provechosa.

* *

Uno de los fascículos más atractivos de esta serie es el que trata de los «Compagnons de l'Université nouvelle» (*Los compañeros de la Universidad nueva y la escuela única*). Los «compañeros», que han adoptado el nombre de uno de los tres grados en la organización gremial de los oficios en el antiguo régimen: «aprendices», «compañeros», «maestros», forman una asociación profesional para la reforma de la enseñanza. Son maestros primarios, profesores de liceo y de universidad. Durante la guerra dirigieron un manifiesto al ejército que peleaba en las trincheras. Creían, como Wells, que el mundo se había vuelto plástico. Movidos de un sentimiento patriótico y constructivo aspiraban a que la enseñanza fuese el instrumento de la organización y el engrandecimiento de Francia. Querían que el siglo XX fuese la gran época de la democracia francesa, como el XVII fué la gran época monárquica y el XIII la gran época feudal.

Los «compagnons» quieren la paz escolar, la cooperación de la enseñanza libre con la del Estado, la escuela única, la reforma de la Universidad, confiando su dirección a la Corporación de la enseñanza, al Consorcio de los educadores de todos los grados, pues los compañeros piensan que hay que suprimir las barreras entre el maestro, el profesor de liceo y el catedrático de universidad, y hacer de todos ellos colaboradores en la obra general de la cultura nacional, que desempeñan especialidades diferentes de una misma función.

Una cultura general cívica para todas las clases, la carrera abierta al talento y no a las clases privilegiadas, mediante la gratuidad de todos los grados de la enseñanza; la universidad o cuerpo general docente dirigido por los mismos educadores, y no por una burocracia adyacente, son los principios fundamentales del plan de los compañeros. Quieren rectificar la obra centralista de Napo-

león: la universidad única, creando corporaciones docentes regionales; mantener en la enseñanza la unión sagrada de las trincheras, asociando a la enseñanza privada confesional con la del Estado y manteniendo la paz entre las diversas confesiones; dar a la instrucción pública una estructura corporativa propia, plástica y viviente. No rechazan la inspección del Estado, pero sí quieren sustituir la dirección burocrática por la profesional, que no sea un Ministerio de Instrucción Pública, sino la Corporación de los docentes quien gobierne la enseñanza. Ellos no son enemigos del Estado; persiguen por el contrario, un fin estatista y patriótico: la organización de la cultura francesa, pero quieren que la cultura sea dirigida por la cultura y no desde fuera, y que la enseñanza generalizada produzca la selección de las capacidades.

* *

La escuela única es la parte principal del programa de los «compañeros». Su deseo de establecer la paz escolar, de conseguir una unión sagrada en el círculo de la enseñanza, les ha obligado a transacciones. La escuela única que defienden después de la guerra no es la escuela única pura: los muchachos de todas las clases sociales recibiendo la misma enseñanza de los mismos maestros y en los mismos establecimientos públicos, durante la edad escolar. Han visto que el mundo después de la guerra es menos plástico de lo que se creía y limitan su aspiración primera. La escuela única con que se satisfacen es una iniciación cultural común, una enseñanza general que tenga el mismo programa y el mismo examen para todos y que no separe a los muchachos en dos castas, la de los pobres que no podrán salir de la enseñanza primaria y la de los ricos, destinados al liceo y a la universidad. Sin embargo, algunos de los «compagnons», como el profesor del Liceo de Caen, M. J. Decrois, no se olvidan de la concepción primera y absoluta de la escuela única.

Esta transacción de los «compañeros» es una señal de la resistencia que ofrece la tradición a las reformas. Los pueblos de un largo pasado histórico tienen el esqueleto duro, encierran muchos elementos muertos. La escuela única triunfa en los Estados Unidos y se inicia en la Alemania de después de la guerra. En Francia está lanzada la semilla. La burguesía, que ha aceptado un sacrificio mayor: el del servicio militar general, aunque atenuado por situaciones de medio rescate económico que son los residuos de la antigua redención a metálico, repugna por razones diversas la igualdad escolar, el que sus hijos se sienten con los hijos de los obreros en los bancos de la misma escuela. Teme el contagio de las maneras populares, los malos locales, los maestros insuficientes, aunque a veces los maestros privados son mucho más insuficientes. No piensa que la escuela única no está concebida para rebajar el nivel de la educación de los ricos, sino para elevar el de la educación de los pobres. Mientras la diferencia de clases se mantenga en la enseñanza y haya escuelas de pobres y escuelas de ricos, será difícil que se otorgue a la enseñanza por el Estado toda su importancia social.

La escuela única es, al mismo tiempo, un elemento de selección y de pacificación. Suprime aquella injusticia contra la que clamaba Peguy, y que consiste en cerrar a los pobres la enseñanza superior, pues el complemento de la escuela única es la carrera abierta al talento. Es pacificadora, porque dando a todos los ciudadanos una cultura elemental común, suprime la barrera cultural entre las clases, que es uno de los motivos más agudos de odio y de imcomprensión. Para suprimir la lucha de clases no hay otro medio que suprimir las clases, convirtiéndolas en situaciones. El hijo del burgués y el hijo del obrero serán menos extraños y menos enemigos si se han sentado en los mismos bancos de la escuela y no han visto alzarse entre ellos desde la infancia una barrera de privilegio.

Sin ser aficionado en modo alguno a las profecías a menudo ridículas o extravagantes, sobre el porvenir de la humanidad que ahora están de moda entre los sabios y sus aprendices, creo que la escuela única será una de las instituciones básicas de las futuras democracias y que, sin escuela única, no habrá democracia verdadera.

R. GÓMEZ DE BAQUERO